

CAPITULO XIII

La ejecución de Luis XVI (21 de Enero de 1793)

Interés que Luis XVI inspira á los guardias.—Cambio de los sentimientos de la reina respecto al rey.—Se apasiona por él.—El rey somete su conciencia al examen de los curas.—Se le hace creer que es un santo.—Ejecución del rey.—Su confesor da carácter de Pasión de Jesucristo á la muerte del rey.—Efectos dolorosos de la muerte de Luis XVI.—Furor de la Montaña contra la Gironda.—Danton pide la unión.—Un juicio sobre otro juicio.

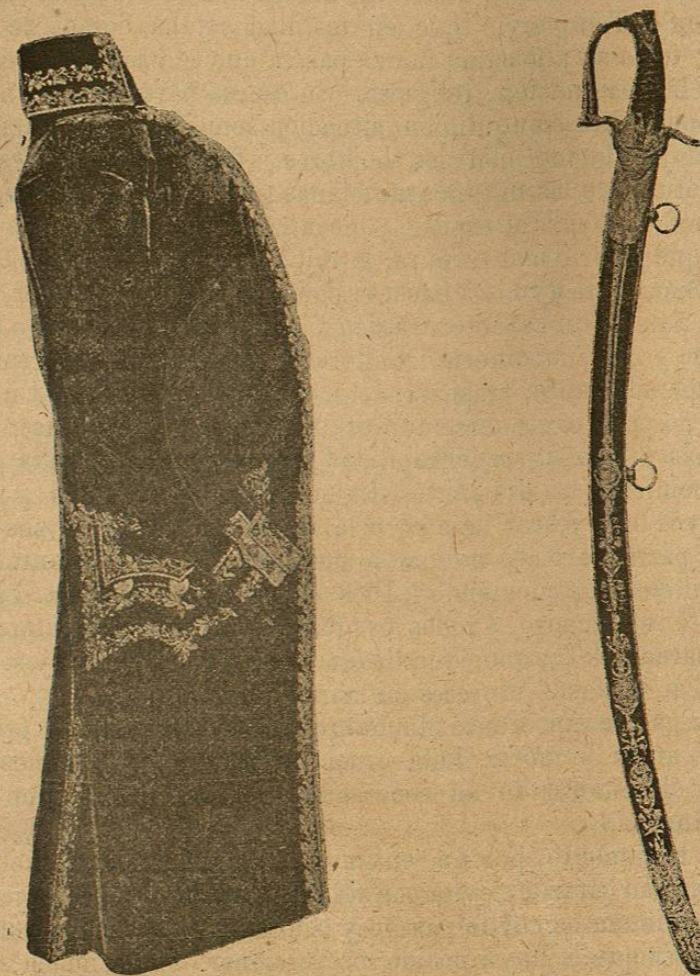
Existía un daño real y evidente que no era ni la Gironda, ni los realistas, los cuatrocientos ó quinientos que tomaron á empeño la salvación del rey. El daño era la piedad pública. El peligro eran las mujeres sollozantes, gimiendo, derramando lágrimas ante la guardia nacional, entre el pueblo. No es á la realeza á la que atribuyen las equivocaciones que se han cometido, si no al carácter del rey, y esto no merece castigarse nada menos que con la pena de muerte. En su cautiverio de muchos meses, ganó el corazón de todos los que le visitaron en el Temple, guardias nacionales, oficiales municipales, á la misma Comuna.

Un guardia nacional expresó ingenuamente á Clery la ternura que sobrecogía á quienes visitaban al rey. Un hombre del arrabal expresó su vehemente deseo de verlo. Clery accedió: «Que bueno es el rey—decía después—cuánto quiere á sus hijos. ¡Ah! jamás podré creer que nos haya hecho tanto daño como han dicho.»

El rey conversaba con los guardias municipales; hablábales de su estado, de sus deberes, de si eran instruidos, juiciosos. Se informaba al mismo tiempo de su familia, de sus hijos... La familia era el punto vulnerable de Luis XVI.

¿Quién no sintió emoción al oírle decir el 10 de Diciembre: «Me habéis privado de pasar una hora feliz con mi hijo» La separación de los suyos era perfectamente inútil en un proceso que, como éste, no había que temer las comunicaciones entre los prisioneros.

La reina dió lugar á escenas dolorosas que enternecieron el corazón de todos. El 19 de Diciembre dijo á Clery, ante los guardias municipales: «Hoy es el cumpleaños de mi hija...» «¡Tal día como hoy nació y hoy no puedo verla!...» Algunas lágrimas rodaron sobre sus mejillas.



Casaca y sable del general Hoche (Museo Carnavalet)

llas. Los guardias municipales respetaron su dolor y alguien de ellos hizo esfuerzos para no llorar también.

En su desgracia, Luis XVI tuvo una compensación, y fué el cambio total de los sentimientos de la reina respecto á él. Cerca de la muerte consiguió el rey que lo amara su esposa.

La reina era muy romántica. Hacía mucho que había dicho: «Mientras no estemos mucho tiempo en una torre no nos salvaremos» Ella se

salvó moralmente. El cautiverio la elevó y la purificó. Fundióse de nuevo su alma; pasó por el crisol del dolor. El mejor cambio que se operó en ella fué el regreso á los puros y santos afectos de la familia, de los que se alejó desde el 89. Despreciaba á su marido porque no descubrió en él más que pesadez y vulgaridad. Su escasa resolución cuando lo de Varennes y el 10 de Agosto, hicieronle creer que á su esposo le faltaba valor, pero en el Temple vió que en realidad estaba dotado de fortaleza de ánimo; tenía su alma una fuerza pasiva que se basaba principalmente sobre la resignación religiosa. Su esposa participó del interés general, viéndole tan tranquilo en situación semejante, tan paciente entre los ultrajes, bueno con los hombres y fuerte en la adversidad. La frialdad natural de las mujeres mundanas, se convierte en estos casos en ternura inefable hacia el esposo. ¡Quedan tan pocos días para amarlo!

Más que amarlo con ternura, la reina se apasionó por él. Cuando cayó enfermo, hasta ayudó á hacer la cama. A este nuevo amor, la separación iba á darle un carácter trágico y doloroso. La reina dijo que quería morir y que no comería. No lloraba, no derramaba lágrimas, gritaba desesperadamente, traspasando el alma con sus voces. Un guardia municipal no pudo contenerse durante más tiempo y con el asentimiento de los demás y bajo su responsabilidad reunió á la real familia para que al menos comieran un día juntos. La idea sola de que iba á reunirse con los suyos hizo vibrar de alegría á la reina. Abrazó á sus hijos, y cuando les participaron la noticia la hermana del rey levantó las manos hacia el cielo agradeciendo á Dios el favor del guardia. La piedad venció, ante este cuadro, á todos los presentes y hasta el zapatero Sinaón, el feroz guarda del Temple, dijo llevándose las manos á los ojos: «¡Creo, en verdad, que estas... mujeres me harán llorar!»

El rey parece que siente el amargo placer de ser amado profundamente poco antes de morir. Esta cruel herida fué la que mostró á su confesor en el instante de su separación: «¡Tanto que la amo y tanto como soy amado!»

En su testamento, por un sentimiento de generosidad y de clemencia que honra su corazón, evita con fina delicadeza que su mujer pueda sentir remordimientos por lo pasado y comienza pidiéndole perdón á ella por los pesares que la haya podido proporcionar: «Ella pueda estar segura de que no le guardo ningún rencor si ha cometido algún acto digno de censura.»

La religión fué su ayuda en los supremos momentos. Desde que ingresó en el Temple, estuvo repasando el breviario, fortaleciendo su alma. Leía algunas horas del día, y por la mañana, al levantarse, permanecía largo rato arrodillado. Su libro predilecto era la *Imitación*, que le proporcionaba el consuelo de sus sufrimientos contemplando los de Jesucristo. Su familia y la servidumbre creían que era un santo. Depuró su carácter. Desaparecieron sus debilidades, sus defectos naturales.

Se habló de lo menguado de su mesa, y lejos de irritarse, dijo:

«¡Mientras haya suficiente cantidad de pan!...» Lo que indica su fuerte temple de alma es que al pedir á la Convención que le deje ver á sus hijos, se le contesta que la Convención no puede acceder á ello: «Esperaré algunos días más. La Convención no me los negará.»

Era muy estrecho el espíritu de su devoción. Diariamente, en las protestas de su inocencia dirigidas al arzobispo de París, sumiso como una oveja á su pastor, observábase el carácter de su devoción acendrada. Luis XVI no tuvo más que un solo vicio, del que no se pudo purgar. Habló siempre de la legitimidad del poder absoluto, y en su consecuencia, de los medios de violencia, que él creyó legítimos también y que podía emplear para sostenerse en el poder. Esto explica que no rectificara ninguno de los errores que sustentó, ni aun á la hora de la muerte. Decía que él era el rey y esto creía que era suficiente para cohonestar todos sus actos. En su testamento, al recomendar á sus hijos que reinen sujetándose al espíritu de las leyes y de la Constitución, dice: «*Un rey no puede hacer el bien de su país mientras no se le conceda la suprema autoridad: la inviolabilidad de su persona.*» Todo debe estar legislado excepto la autoridad del rey. Este debe ser absoluto. Luis XVI murió así, en la impenitencia regia, sustentando el principio que hace antipática á la monarquía.

En nuestro concepto esta creencia del rey perjudicaba la pureza de su conciencia. Confirmaba la existencia de su orgullo, de su altivez más que regia. Era como una extraña deificación de si mismo.

Sus guardias pidieronle objetos, prendas de vestir para conservarlas como reliquias. «Sus despojos—dijo Clery—antes de morir eran sagrados para sus guardias.»

A uno lo dió su corbata, á otro sus guantes. ¿Qué opinión tenía de si mismo el hombre que creyó que las menores bagatelas se convertían en prendas preciosas por el hecho de haberlas tocado él? Luis XVI estaba muy lejos de profesar la humildad cristiana.

La Convención le autorizó para que escogiera el cura que le había de auxiliar en sus últimos momentos. El designó al director espiritual de su hermana Isabel, un irlandés discípulo de los jesuitas en Tolosa, el abate Edgeworth de Firmout. Este cura pertenecía á la iglesia de los que perdieron al rey, iglesia no juramentada, iglesia oculta, pero que existía sobre la tierra y causaba estragos con su propaganda misteriosa. Esta iglesia se apoderó del corazón de Luis XVI, hasta el extremo de que su último acto fué de solemne simpatía hacia estos enemigos de las leyes.

Clery escribió la última dolorosa entrevista entre el rey y su familia. Si no la reproducimos no es por que no participamos de las mismas emociones que experimentaron los que pudieron presenciar tan patético cuadro. Estas emociones, las sentimos en la mayoría de los actos que ocurrieron el 93; y no todos los que perdieron su vida por la patria tuvieron el consuelo del rey, que llegó al momento supremo sintiendo las ca-

ricias, el amor, el consuelo de su familia que lo rodeaba, lo abrazaba, amándolo con delirio mayor cuanto más se aproximaba la muerte. Luis XVI fué al patíbulo ocupando la imaginación de todos, dominando los latidos del corazón de todos; movió á piedad su desgracia y lo lloró toda la tierra.

¡Desigualdad execrable que aun subsiste, la de que un rey sea más llorado que un hombre! ¿Quién ha contado los infinitos detalles y accidentes patéticos, conmovedores, dramáticos que rodearon la muerte de los héroes de la Montaña y de la Gironda? Nadie. Sin embargo, el género humano aprendería á morir de ellos, tal fué el heroísmo, la fe inquebrantable con que llegaron á la guillotina tantos patriotas franceses. Ninguno de éstos ha obtenido ni una palabra de elogio. Solo alguna injuria baja y cobarde se les ha deslizado. ¡Vergonzosa ingratitud de la especie humana!

Luis XVI escuchó la sentencia en el Temple con notable firmeza. Durmió profundamente la víspera de la ejecución. Se despertó á las cinco y se arrodilló, escuchando misa. Expresó su confianza en la justicia de Dios.

Prometió la víspera á su esposa que la volvería á ver por la mañana, pero su confesor obtuvo de él que evitara tan terrible momento á su familia.

A las ocho, fortalecido y provisto de la bendición del cura, salió de su gabinete y marchó á su alcoba, donde le esperaban los guardias. Vió que todos tenían cubierta la cabeza y pidió su sombrero. Después entregó á Clery su anillo nupcial, diciéndole: «Entregad este anillo á mi esposa y decidla que me separo de ella con profundo dolor.» Para sus hijos entregó un sello del escudo de Francia, transmitiéndoles la insignia principal de la realeza. Quiso entregar su testamento á un hombre de la Comuna, á un exaltado, un furioso, Jacques Roux, quien se retiró sin decir una palabra; y lo más notable es que después este Roux se preciaba de haber contestado al rey ferozmente: «Yo no estoy aquí más que para conducirlos al patíbulo.» Otro guardia municipal se encargó del testamento.

El rey vestía una casaca oscura, calzón negro, medias blancas y chaleco de muletón.

Subió á su coche pintado de verde, acompañado de su confesor y dos guardias. Leía los Salmos.

Había poca gente por las calles. Las tiendas estaban entreabiertas. Nadie había en las puertas, ni á nadie se veía por las ventanas.

A las diez y diez minutos llegó á la plaza. Cerca de las columnas de la Marina, estaban los comisarios de la Comuna; alrededor del patíbulo, colocaron una línea de cañones y las tropas se extendían hasta perderse de vista. Los espectadores, pues, estaban extremadamente alejados del sitio de la ejecución. El rey descende de su coche y habla con el confesor. El mismo se quita la corbata.

Según un relato, parece que el rey se contrarió al no ver más que soldados, y dando con el pie en tierra, gritó fuertemente á los tambores: «¡Callad, vosotros!» Y como continuara el redoble, añadió: «¡Estoy perdido, estoy perdido!»

Los verdugos quisieronle atar las manos. El rey se resistió. Iban á pedir auxilio á la fuerza. El rey miró á su confesor pidiéndole consejo. Este se quedó mudo de horror y de espanto. Finalmente pudo decirle: «Señor, este último ultraje hace que sea mayor el parecido entre vuestra majestad y Jesucristo.»

El rey elevó sus miradas al cielo y dijo: «Haced lo que queráis; beberé el cáliz hasta las heces.» Apoyado el rey en el cura llegó á la última grada y corrió como si se escapara al otro extremo. Luis XVI estaba rojo, como congestionado.

Los tambores cesaron un momento y el rey extendió sus miradas sobre la muchedumbre. Algunas voces gritaron á los verdugos: «¡Cumplid con vuestro deber!» Cuatro hombres se apoderaron de él y le sujetaron las manos por detrás fuertemente; el rey lanzó un grito terrible.

El cuerpo del rey, colocado en una cesta grande, fué conducido al cementerio de la Magdalena y arrojado en la cal.

Por veneración ó excediéndose la gente en sus ultrajes al rey, los soldados y otros individuos mojaron papel, sus armas, pañuelos, en la sangre que quedó en el patíbulo. Los ingleses compraban á subido precio las reliquias de este nuevo mártir.

Muy pocos se atrevieron á pedir gracia para al rey; pero después de su muerte se sintió una sacudida de dolor. Una mujer se arrojó al Sena, un barbero se cortó la garganta, un librero se volvió loco, un viejo oficial murió de pasmo. La realeza muerta en Varennes, envilecida por el egoísmo de Luis XVI el 10 de Agosto, resucita por la fuerza de la piedad y la virtud de la sangre.

Al día siguiente, apenas cumplida la fatal sentencia, humeando aún la sangre del rey se recibió en la Convención una carta de sencillez terrible, amargo ataque á las conciencias. Un hombre pedía «el cuerpo del rey para enterrarlo cerca del cuerpo de su padre.»

La Montaña estaba muy agitada. La muerte de Lepelletier, relatada por Thuriot, produce tremenda sensación. El relato lo terminó Duquesnoy (un fraile exclaustro en continuo estado de furor), quien arrojó las sospechas sobre la Gironda, diciendo: «¡Son los que hace un mes nos injuriaban, nos amenazaban hasta el extremo de dirigir contra mí una espada!» El golpe iba bien dirigido. La montaña exigió nuevamente la constitución del Comité de seguridad general, cuya mayoría se componía de girondinos.

Sobre la Montaña cae un torrente de acusaciones. Toda la derecha es confundida é inculpada. Robespierre, llorando la muerte de Lepelletier, recomendando la unión, prepara un nuevo golpe. Pide que el nuevo